

LIBRO TREINTA Y DOS.

Luis XVI y la familia real en el Temple.—Descripción del Temple.—Manuel.—Tison y su mujer.—El zapatero Simon y su ayudante Rocher.—El rey separado de su familia.—Clery.—Foulan.

I.

En tanto que la república, al nacer, despedazada en lo interior por las facciones y amenazada en lo exterior por la coalición de los tronos, enviaba sus batallones á todas las fronteras, se agitaba en París, no sabiendo contra quien dirigir su furor; pedía á grandes gritos una cabeza, como para sacrificarla al genio irritado del pueblo: el rey y su familia encerrados en el Temple, oían confusamente desde el fondo de su prisión, el rumor de estas convulsiones. De día en día se acercaban mas y los amenazaban de mas cerca.

II.

En estos grandes choques de ideas y de acontecimientos que producen las revoluciones, hay siempre al-

gunos seres espítorios, algunas familias, algunas almas, en quienes se personifica la desgracia común, y en quienes por un deplorable privilegio del infortunio, los odios de las dos causas encarnizadas, los golpes que se dirigen, los terrores ó furores que se envían una á otra, las facciones que las desgarran, las calamidades, la sangre, y las lágrimas de todo un imperio, vienen, por decirlo así, á concentrarse, estallar, desgarrarse, llorar, verter sangre, sufrir y morir en un solo corazón! Es el punto en que las revoluciones mas necesarias y las mas santas se convierten en angustias, en tormentos y en suplicios para las víctimas que personifican las instituciones inmoladas. Entonces es tambien cuando la opinion enmudece, cuando la teoría deja de ser implacable, y cuando la historia misma, olvidando un momento su parcialidad por la causa de los pueblos, no tiene otra causa, otra gloria ni otro deber mas que la piedad; porque la historia tambien, intérprete del corazón humano, tiene lágrimas; pero estas lágrimas la enternecen, y no la ciegan.

III.

Hemos dejado á Luis XVI en el umbral del Temple, donde le habia conducido Petion, sin que el rey pudiese saber todavía, si entraba allí como suspenso del trono ó como prisionero. Esta incertidumbre duró algunos días.

El Temple era una antigua y sombría fortaleza edificada por el orden monástica de los templarios, en tiempo en que estas teocracias sacerdotales y militares, uniendo la revolucion contra los príncipes, á la tiranía contra los pueblos, se construían castillos para monasterios, y marchaban al dominio con la doble fuerza de la cruz y de la espada. Despues de su caída, su fortificada

mansion habia quedado en pie como un resto de otro tiempo descuidado por el nuevo. El castillo del Temple estaba situado cerca del arrabal de San Antonio, no lejos de la Bastilla, y comprendia con las casas anejas á él, su palacio, sus torres y sus jardines, un vasto espacio de soledad y de silencio en el centro de un barrio bullicioso de París. Los edificios eran el *Priorato* ó palacio de la órden, cuyas habitaciones servian de hospedería pasagera al conde de Artois, cuando este príncipe venia de Versalles á París. Este palacio arruinado tenia habitaciones amuebladas á la antigua, con camas y ropa para el príncipe y su comitiva; solo vivian en él un portero y su familia. Habia un jardín que le rodeaba, inculto y vacío como el palacio: á algunos pasos de aquella residencia se elevaba el torreón ó castillo del Temple, fortificado en otro tiempo. Su masa tosca y negra se levantaba formando un solo cuerpo desde el suelo hácia el cielo; dos torres cuadradas, la una mas grande y la otra mas pequeña unidas la una á la otra, como un manojo de paredes, teniendo cada una en sus flancos otras torrecillas aisladas y que en lo antiguo habian estado coronadas de almenas, formaban el grupo principal de aquella construcción. Habia arrimados á él algunos edificios hajos y mas modernos, que desapareciendo con su sombra servian solo para hacer que su altura se notase mas. Este torreón y aquella torre estaban contruidos con anchas piedras de sillera labradas en París, cuyas escoriaciones y grietas jaspeaban las murallas de manchas amarillentas y lividas sobre el fondo negro, como las que imprimen la lluvia y el humo á los monumentos del Norte de la Francia.

La torre principal, casi tan elevada como las torres de una catedral, no tenia menos de sesenta pies desde la base al remate, encerrando entre sus cuatro muros un espacio de treinta pies cuadrados. Un enorme pilar de piedra ocupaba el centro de la torre, y subia hasta la agu-

ja del edificio. Este pilar ensanchándose y ramificándose en todos los pisos, iba á apoyar sus arcos en los muros exteriores, y formaba cuatro bóvedas sucesivas, que sostenian otras tantas salas de armas. Cada una de estas salas comunicaba á unos gabinetitos mas estrechos abiertos en las torrecillas: los muros del edificio, tenian nueve pies de espesor; los huecos de las pocas ventanas que le daban luz, muy anchas en la sala, iban en disminucion hasta el marco de piedra, dejando solo penetrar en el interior un poco de aire y una luz lejana, y haciendo aun mas sombrías estas habitaciones, gruesas rejas de hierro. Dos puertas forradas la una con madera de encina muy gruesa, y guarnecida de clavos de cabeza ancha en forma de diamante, y la otra con planchas de hierro reforzada con barras del mismo metal, separaban cada sala de la escalera por donde se subia á ellas. Esta escalera en espiral iba hasta la plataforma del edificio.

Para llegar hasta el terrado, era necesario abrir siete postigos sucesivos ó siete puertas sólidas, cerradas con llave y cerrojo, y en cada una de ellas habia un centinela y un llavero. En lo alto del torreón habia una galería exterior en la que se podian dar diez pasos por cada frente; el menor viento zumbaba allí como un huracan, y el ruido de París subia debilitándose. Desde allí podia dirigirse la vista sin hallar obstáculo por encima de los tejados bajos del arrabal de San Antonio, ó de la calle del Temple á la cúpula del panteón á las torres de la catedral, á los tejados de los pabellones de las Tullerías, ó á las verdes colinas de Issy ó de Choisy-le-Roi, que baja con sus caseríos, sus parques y sus praderas hácia la orilla del Sena.

La segunda torre estaba contigua á la principal, y tenia tambien dos torrecillas en cada uno de sus flancos, era igualmente cuadrada y estaba dividida en cuatro pisos; pero entre estos edificios contiguos no existia ninguna comunicacion interior, teniendo cada uno su escalera

separada. Sobre la torre pequeña como sobre el torreón, había un terrado en lugar de techo. El primer piso se componía de una antesala, un comedor y una biblioteca de libros viejos reunidos por los antiguos priores del Temple, ó sirviendo de depósito á los desperdicios de las bibliotecas del conde de Artois. Los pisos segundo, tercero y cuarto, ofrecían á la vista la misma disposición de piezas, las mismas paredes desnudas y los mismos destrozados muebles. Allí el viento silbaba, la lluvia caía á través de los vidrios rotos, y las golondrinas volaban con toda libertad: allí no había ni camas, ni mesas, ni sillones, ni cortinas; una ó dos tarimas para los ayudantes del portero, algunas sillas cayéndose las paja y algunos vasos de barro en una cocina abandonada, formaban todo el ajuar. Dos puertas bajas y de arco cuyas molduras de piedra de sillería imitaban un haz de columnas coronadas con el escudo roto del Temple, daban entrada á los vestíbulos de esas dos torres.

Anchas calles empedradas rodeaban el monumento, separadas entre sí por barreras de tablas; el jardín estaba lleno de una espesa vegetación de yerbas inútiles y de montones de piedras y escombros de demoliciones. Una muralla alta y sombría como las paredes de un claustro entristecía aquel recinto, encerrándole por todas partes. Este muro solo se abría al extremo de una larga calle sin árboles que daba á la antigua calle del Temple. Tales eran el aspecto exterior y la disposición interior de aquella residencia, donde los habitantes de las Tullerías, de Versalles y de Fontainebleau llegaban á la caída de la tarde. Estas desiertas salas no esperaban huéspedes desde que los templarios las habían dejado para ir á la hoguera de Jacobo Molay. Estas torres piramidales, vacías, frías y silenciosas por tantos siglos, parecían menos á una habitación que á los salones de una pirámide en el sepulcro de un Faraon del Occidente.

IV.

Al llegar al Temple, el rey fué puesto por Petion bajo la vigilancia de los municipales y de la guardia de Santerre. El procurador síndico del ayuntamiento, Manuel, hombre susceptible de enternecimiento como de exaltación revolucionaria, acompañó al rey. Se veía en su actitud, que ya la piedad se había apoderado de él, y que su respeto interior por la grandeza caída luchaba en él contra la austeridad oficial de su lenguaje. Su frente baja y lo sonrosado de su cara, descubrían la secreta vergüenza que le causaba encerrar aquel rey, aquella reina, aquellos niños y aquella princesa en una mansión tan diferente del palacio que acababan de dejar. Una cierta duda daba incertidumbre al papel de Santerre, de Manuel y de los municipales encargados de instalar la familia real en el Temple, instalación que parecía á una ejecución; los magistrados del pueblo estaban tan turbados como los cautivos, y los artilleros de las secciones que habían servido de escolta al coche del rey y en quienes los recuerdos del 10 de agosto, la embriaguez del triunfo, los gritos y ademanes del pueblo, durante el tránsito, habían hecho perder toda clase de respeto, querían encerrar al rey en la torre pequeña y al resto de la familia real en el palacio. Petion atrajo estos hombres á la humanidad, y toda la familia fué colocada unida en el palacio. Los porteros la recibieron silenciosos y tristes, é hicieron con un celo apresurado todos los preparativos para una larga permanencia.

No dudaba el rey que esta fuese la residencia que la nación le destinaba hasta el desenlace de su destino. No entraba allí sin esa especie de alegría interior, que hace encontrar al hombre agitado por el movimiento y fatigado por la incertidumbre una dicha en la inmovili-

dad, sobre el escollo mismo donde se ha destrozado; y si no creía en la seguridad, creía al menos en la paz de aquella mansión; se apresuró á tomar posesión de ella, y á conformar por el pensamiento los hábitos de su vida. Midió con la vista los jardines para los paseos de sus hijos y para el ejercicio diario que su fuerte naturaleza y sus gustos de cazador le imponían á el mismo, como una necesidad. Mandó que le abriesen las habitaciones; examinó la ropa blanca y los muebles; escogió las piezas; señaló la cámara para la reina, la suya, la de los niños, la de su hermana, la de la princesa de Lamballe y la de las personas que su ternura ó su fidelidad les ligaban á él hasta en aquel asilo.

V.

Se sirvió la cena á la familia real, y el comió con una apariencia visible de tranquilidad de ánimo y de serenidad; Manuel y los municipales asistieron en pie. Habiéndose dormido el delfín en las rodillas de su madre, mandó el rey llevarle; se disponían á acostar el niño cuando una orden del ayuntamiento provocada no por Manuel y Petion sino por una denuncia de los artilleros que estaban de guardia, llegó á Manuel, y turbó aquella primera alegría de su cautiverio: era la orden para que evacuasen inmediatamente el palacio, y se encerrase desde la primera noche á la familia real en la torre pequeña del Temple. El rey sintió este golpe quizá mas dolorosamente que había sentido su salida de las Tullerías; es muy frecuente unirse mas á un despojo del destino, que al destino entero. Todos los preparativos para establecerse fueron interrumpidos; los artilleros y los municipales transportaron apresuradamente algunos colchones y alguna ropa á las inhabitadas piezas de la torre

donde se establecieron cuerpos de guardia. El rey, la reina, las princesas y los niños reunidos en el salón del palacio, y juntando alrededor todos los objetos necesarios á cada uno, esperaron muchas horas en silencio que su prisión estuviese pronta para recibirlos.

A la una de la madrugada vino Manuel á invitarlos á que pasasen á la torre. La noche estaba oscura, los municipales iban delante con linternas, y artilleros con el sable desenvainado formaban filas. Estas débiles luces solo alumbraban un corto espacio delante de ellos, y dejaban todo lo demas en una completa oscuridad; pero las lamparillas colocadas en las ventanas y en las cornisas de la fortaleza del Temple, hacian entrever sus altas agujas y la masa negra de las torres hacía las que se dirigian silenciosamente. El edificio, iluminado así, presentaba perfiles gigantescos y fantásticos, desconocidos al rey y á sus servidores. Habiendo preguntado un ayuda de cámara del rey en voz baja á uno del ayuntamiento, si era allí donde llevaban á su amo, le respondió: «Tu amo estaba acostumbrado á dorados techos, ahora va á ver como se aloja á los asesinos del pueblo.»

VI.

Penetraron en la torre por la puerta estrecha y oblicua de la torrecilla que encerraba la escalera de caracol: en cada piso iba quedando una parte de la familia real y los criados en la habitación que se les había destinado: madama Isabel se estableció en una cocina, donde solo habia una tarima en el piso bajo; la reina y sus hijos en el segundo y el rey en el tercero. Una cama de encina sin cortinas y algunas sillas, eran los únicos muebles de aquella pieza. Las paredes no tenían papel; pero habia algunos grabados obscenos, restos del ajuar

de un lacayo del conde de Artois, clavados en los muros. El rey al entrar recorrió con la vista, sin dar la menor señal de repugnancia ó debilidad, la habitacion que le destinaban; miró los grabados, los desprendió con sus manos, y dijo volviéndolos hacia la pared: «No quiero dejar semejantes objetos á la vista de mi hijo.» El cuarto de la reina y de los niños ofrecia el mismo abandono.

El rey se acostó y durmió; dos de sus criados, Hué y Chamilly, pasaron la noche sentados junto á su cama; la princesa de Lamballe, al pie del lecho de la reina, las otras mugeres de la servidumbre de la familia real en la cocina sobre colchones estendidos alrededor de la tarima, donde dormia la jóven hermana del rey: algunos guardias y municipales hacian centinela de vista en todos aquellos aposentos.

Pasaron la noche en cuchicheos, la reina y las princesas, conteniendo sus lágrimas y presagiando siniestramente sobre la suerte que tal envilecimiento de su rango y de su sexo, anunciaba á los cautivos. Solo los niños tuvieron un sueño tranquilo y prolongado, como si estuviesen bajo los dorados techos de Versalles. Al otro día y los siguientes tuvieron la libertad la reina y las princesas de verse en la habitacion del rey y de ir sin obstáculo á los diferentes pisos del interior de la torre. Visitaron todas las piezas, y arreglaron definitivamente el alojamiento de cada una de las personas de la familia, amigas y criados. Estrecharon mas su vida y se plegaron á los hábitos, como un prisionero encadenado se arregla sus hierros para sentir menos su peso. Les llevaron algunos muebles mas, se tendjeron algunos tapices sobre la húmeda desnudez de los muros, y se armaron algunas camas. Las de la reina y el rey se tomaron de los viejos muebles del palacio del Temple, eran las de los caballeros del conde de Artois; una sola, la del rey, tenia cortinas de damasco verde rotas y desgarradas, como convenia á tan miserable alojamiento.

Despues del desayuno, servido aun con cierto lujo en el comedor del primer piso, pasó el rey á la torrecilla del lado, hojeó con interés los viejos libros latinos amontonados en aquella parte de la torre por los archiveros de la órden de los templarios, volúmenes que yacian despues de tanto tiempo sepultados en el polvo. Halló á Horacio, este poeta del placer indolente, olvidado allí como una ironia de aquellas grandezas destruidas, de aquellas juventudes sepultadas y de aquellas bellezas destronadas. Descubrió á Ciceron, aquella gran alma en que la serena filosofia domina las vicisitudes de la politica, y en que la politica y la adversidad, luchando en un genio digno de contenerlas, se presentan en espectáculo y en lecciones á las almas que tienen que ejercitarse con la fortuna. En fin, desenterró algunos libros religiosos, que su piedad, reviviendo con la desgracia se hizo recibir como un don del cielo: viejos breviarios que contenian en los versículos de sus salmos, distribuidos para todos los días del año, todos los gemidos de la tierra. «Una Imitacion de Cristo» este vaso de dolor del cristiano, donde todas las lágrimas se cambian con la resignacion, en tranquilidad del alma y en goces anticipados de inmortalidad. El rey llevó estos libros á su gabinete de estudio, hueco tomado en la torrecilla al lado de su cuarto. Quería alimentarse él mismo y servirse de ellos para ejercitar la memoria y la inteligencia de su hijo con el estudio de la lengua latina.

VII.

Se reunieron las princesas en la habitacion de la reina en el segundo piso, debajo del cuarto del rey. La reina hizo armar su cama y la de su hijo en la sala, que ocupaba el centro de la torre; madama Isabel, su sobri-

na y la princesa de Lamballe se establecieron en una pieza mas pequeña y mas oscura que servia por el día de paso á los municipales, á los guardias y á los hombres de servicio de todo aquel piso, para ir á otras piezas destinadas á los mas viles usos. Las cocinas del piso bajo quedaron vacias, como el cuarto piso de la torre. En otra cocina colocada en el tercer piso y contigua al cuarto del rey, se pusieron las camas de sus dos criados Mrs. Hué y Chamilly.

Permitieron á la familia real dar un paseo de una hora en el jardin bajo una sombría calle de viejos castaños de Indias. La comida se sirvió á las dos. Santerre y dos de sus ayudantes de campo asistieron á ella sin respeto. Las horas que separan el medio dia de la noche las pasaron en hablar, leer, viendo jugar, y haciendo rezar á los niños, desahogos tiernos de familia para los cautivos. A las nueve se sirvió la cena en el cuarto del rey, para que el ruido de esta última comida no turbase el sueño de los niños que descansaban ya en el cuarto de la reina. Después de cenar y de las tiernas despedidas entre el rey, la reina y su hermana, las princesas volvieron á bajar: y el rey entrando en su gabinete de lectura, se encerró para reflexionar, leer y orar hasta media noche.

VIII.

De este modo pasó el primer día de cautiverio: la presencia y los consuelos de la princesa de Lamballe; la asiduidad, el cariño de la duquesa de Tourzel y de su hija Paulina, el afecto probado de los criados, que voluntariamente se habían encerrado con sus amos, creyéndose felices con hacer aquellos sacrificios, el culto piadoso de madama Isabel por su hermano, la novedad de la desgracia, las diversiones, las tristes sonrisas que proporciona-

ron muchas veces á los prisioneros el arreglo de sus cuartos y el trastorno de sus costumbres en aquella triste mansión; el cansancio de los pasados tumultos, el creer mas segura su vida en aquella fortaleza, el ver cumplido así providencialmente el voto manifestado por la reina á Danton cuando le dijo: «Es preciso encerrarnos por tres meses en una torre:» la aproximacion cierta de los extranjeros, el ignorar los triunfos de Dumouriez, el ver tanto cariño, tanta compasion y tantos votos como les seguian desde el fondo de la nacion á sus calabozos, la esperanza vaga, pero confiada de un cambio posible en las disposiciones del pueblo, difundieron algunos encantos sobre su tiempo y alguna dulzura sobre su tristeza. Mientras que el infortunio tiene testigos que le contemplan, confidencias que le escuchan, y amistades que participan de él, pueden tener hasta alegrías. Aquella familia, aquellas amigas, aquellos criados encerrados juntos dentro de aquellos muros, se daban reciprocamente algun consuelo.

IX.

A fin de distraerse algo los prisioneros, fueron al día siguiente á visitar las salas mas grandes de la torre del Temple, donde les habia anunciado Santerre, se les preparaba su habitacion definitiva. Manuel, Santerre y una numerosa escolta de municipales les acompañaron en aquella visita á su futura prision, y despues á los jardines. Al atravesar las filas de los municipales y los grupos de los guardias nacionales que se hallaban en el camino, el rey y la reina oyeron susurros amenazantes contra la presencia de la princesa de Lamballe, de madama Tourzel y las damas de servicio que se les dejaba como una sombra del trono, «que no se podia tolerar despues de los crímenes de la corte, y que parecia hacerse un ultraje al

pueblo conservando una apariencia de superstición hácia la soberanía.»

Estos rumores, que al momento llegaron á oídos de la municipalidad, fueron causa de que se diese un decreto que mandaba espulsar todas aquellas personas; pero la humanidad de Manuel suspendió algunos días la ejecución de aquella crueldad, esperando que podría hacer revocar aquella orden que iba á despedazar tantos corazones; pero en la noche del 19 al 20 de agosto, durante el primer sueño de los prisioneros, un inusitado ruido despertó con sobresalto á la familia real. Los municipales entraron en los cuartos del rey y de la reina, y les leyeron un decreto mas imperativo, que mandaba la espulsión inmediata de todos los individuos que no perteneciesen á la familia real, sin exceptuar las damas de servicio y los dos criados adictos á su persona. Esta orden notificada á tal hora, con términos y gestos que hacian mayor su crueldad, llenó á todos los detenidos de estupor y de consternacion. Hué y Chamilly precipitándose medio vestidos en el cuarto de su amo, se tenian cogidas las manos, y permanecieron en pie delante de la cama del rey, manifestando con esta actitud el horror que les causaba separarse. «Tened cuidado, les dijo un empleado municipal, la guillotina está permanente, y hiere de muerte á los criados de los reyes.»

Madama Tourzel, aya del delfin, llevó el niño dormido sobre la cama de la desconsolada reina. La señorita Paulina de Tourzel estaba abrazada á la jóven princesa real, á quien la edad y la amistad la unian como á una hermana. Madama de Navarre, dama de honor de madama Isabel, y las tres damas de servicio de la reina, las princesas, los niños, madamas Saint-Brice, Thibault y Bazire, lloraban amargamente á los pies de su señora. María Antonieta y la princesa de Lamballe, abrazadas una con otra, suspiraban de dolor, y solo la violencia pudo separarlas. Los municipales llevaron á madama de

Lamballe, que se habia desvanecido, junto á la escalera, fuera de aquellos muros, donde dejaba á su reina y amiga. El rey no pudo reconciliar el sueño; madama Isabel y la jóven princesa real pasaron el resto de la noche llorando en el cuarto de la reina, quien solo desde aquel día se creyó cautiva, pues acababan de arrebatárle la amistad.

X.

Para sustituir á aquellas damas, á aquellos criados, y á aquellos amigos, necesidad de los corazones como de las costumbres, los comisarios de la municipalidad instalaron en la torre un hombre y una muger llamados Tison. Eran los únicos encargados del servicio de los prisioneros. Tison, viejo melancólico, era un antiguo empleado en las puertas de Paris, hombre acostumbrado por su oficio á la sospecha, á inquirir y á ser brusco con todo el mundo; esta grosería cambiaba todos sus servicios en injurias.

Su muger, mas jóven y menos insensible, fluctuaba entre su enternecimiento por las desgracias de la reina y el temor de que este no se atribuyese como un crimen á su marido. Pasaba sin cesar de la complacencia á la traicion, y de verter lágrimas sobre las rodillas de la reina, á ir á delatar á su ama. Su corazon era bueno, pero el ver á la reina de Francia sujeta á su capricho exaltaba y turbaba sus ideas. Esta lucha de la sensibilidad y del terror en un espíritu débil concluyeron por trastornar la razon de aquella muger, y esta demencia fué la que dió lugar á que se imputasen á María Antonieta crímenes contra la naturaleza, que solo eran los delirios de aquella desgraciada.

Un zapatero llamado Simon, encargado en la municipalidad de la revision de los trabajos, era el único de

los municipales que nunca fué relevado del servicio del Temple. Este hombre daba las órdenes á todos los criados, carceleros y llaveros. Obrero que se avergonzaba del trabajo, y que deseaba representar un papel, aunque fuese el mas abyecto, intrigaba para que le hiciesen carcelero, y lo ejercía como verdugo; tenía por ayudante un antiguo sillero llamado Rocher.

XI.

Rocher era uno de esos hombres para quienes el infortunio es un juguete, y que se complacen en ladrar á las víctimas, como los perros á los andrajos. Se le había escogido por su estatura, por su siniestra apariencia, y por la ferocidad de sus facciones: era el mismo que había forzado el cuarto del rey el 20 de junio, y levantado la mano para pegarle. Repugnante en su rostro, de mirada insolente, de gesto grosero, obsceno en su lenguaje, llevando una gorra de pelo y una larga barba, con una voz ronca y sepulcral, oliendo continuamente á tabaco y á vino, rodeándole siempre la nube formada por el humo de la pipa, que jamás separaba de la boca, hacían de él la personificación visible del calabozo. Arrastraba un gran sable sobre las baldosas y los pasos de la escalera de piedra, y llevaba colgando de la cintura un enorme manojito de llaves, cuyo ruido, que él aumentaba á propósito, el estruendo de los cerrojos que no cesaba de abrir y cerrar, le complacían como complace á otros el ruido de las armas. Parecía que aquel sonido que hacía resonar su importancia, hacía también resonar la cautividad mas pesada en los oídos de los prisioneros. Cuando la familia real salía para dar su paseo á medio día, Rocher, fingiendo escoger entre su manojito de llaves y ensayar en vano las cerraduras, hacía esperar al rey y á las prince-

sas mucho tiempo en pie detrás de él, y apenas abría la puerta del primer postigo bajaba precipitadamente la escalera dando codazos al rey y á la reina, é iba á colocarse de centinela en la última puerta. Puesto allí de pie, y obstruyendo la salida, examinaba los rostros y lanzaba nubes de humo de su pipa á los de la reina, de madama Isabel y de la princesa real, mirando á cada bocanada si habían comprendido la intencion de su insulto, y si los testigos de su bajeza le recompensaban de ella con sus sonrisas de inteligencia. El aplauso de estos ultrajes le animaba á que los renovase diariamente. Los guardias nacionales que estaban de servicio tenían cuidado de reunirse siempre que salía el rey para gozar de aquel suplício de la dignidad real, entregada al desprecio de un llavero. Aquellos á quienes esta bajeza incomodaba concentraban en su alma la indignacion que hubiese parecido un crimen á sus compañeros. Los mas crueles ó los mas curiosos hacían que les trajesen sillas del cuerpo de guardia, y se sentaban con el sombrero puesto cuando el rey pasaba, estrechando con afectacion el camino para que el monarca caído contemplase de mas cerca su irreverencia y su degradacion. Carcajadas, cuchicheos, epítetos groseros ú obscenos circulaban por las filas al pasar el rey y las princesas; los que no se atrevían á pronunciar aquellas injurias las escribían con las puntas de las bayonetas en las paredes del vestíbulo y de las escaleras. A cada paso se leían alusiones ofensivas á la culpencia del rey, á los pretendidos desórdenes de la reina, amenazas de muerte á los niños, «lobeznos que era preciso ahogar antes que ellos pudiesen devorar al pueblo.»

Durante el paseo, los artilleros dejando sus piezas, y los trabajadores sus herramientas, se reunían lo mas cerca posible de los prisioneros, y bailaban en corro, cantando coplas revolucionarias y canciones obscenas, que la inocencia de los niños no comprendía.

Estos momentos de comunicacion con el cielo y la naturaleza, que la piedad de las leyes mas severas concede á los mayores criminales, se habia trasformado de este modo en momentos de humillacion y de torturas para los cautivos. El rey y la reina hubieran podido librarse de ellos, permaneciendo encerrados en su habitacion; pero sus niños hubieran sufrido con esta reclusion ó inmovilidad: á su edad necesitaban respiracion y movimiento; sus padres pagaban voluntariamente al precio de sus ultrajes el poco aire, sol y ejercicio necesario á sus tiernas vidas.

Precedian en sus paseos á la familia real, y la vigilaban de cerca mientras estaban fuera, Santerre y los seis guardias municipales de servicio en el Temple: los numerosos centinelas por delante de los que era preciso pasar, hacian el saludo militar al comandante de la fuerza armada de Paris, y echaban armas al hombro á los municipales; bajaban los fusiles, volviendo las culatas hacia arriba, en señal de desprecio, cuando se aproximaba el rey.

La familia real, no podia pasear en el jardin, sino hasta la mitad de una calle de castaños de Indias: las demoliciones, las construcciones y los trabajadores obraban la otra mitad. Este corto y estrecho espacio recorrido lentamente por el rey, su esposa y su hermana, servia para que corriesen y jugasen la jóven princesa y su hermano. El rey aparentaba recrearse con aquellas diversiones: para animarlos, jugaba al tejo y á la pelota con el delphin; y ponía al último de la calle el premio de la carrera. Entretanto, la reina y su hermana hablaban en voz baja, ó se esforzaban para distraer á los niños, para

que no oyesen las canciones escandalosas, que los perseguian hasta debajo de la sombra de los árboles.

Cierto dia, mientras duraba este paseo, hablando la reina con Clery de la inutilidad de los esfuerzos que la corte habia intentado, para ablandar ó corromper los republicanos, y sobre todo á Petion, Danton y Lacroix, le confió para que él pudiese atestiguarlo algun dia, un acto de adhesion, por el que parecia profundamente conmovido su corazon.

En los momentos de una de aquellas crisis desesperadas, en que Luis XVI agotados sus recursos, buscaba su última esperanza de salvacion en la adhesion interesada y en el bolsillo de algunos amigos, el Comendador de Esfourmel, descendiente de uno de aquellos cruzados que habian subido los primeros en el asalto de Jerusalem, era procurador general de la órden de Malta en Paris. Supo la pobreza del rey, y realizó en pocas horas una suma de quinientos mil francos, y la hizo llevar á Luis XVI. El rey la aceptó, empleándola en pagar algunos dias mas los intermediarios que le respondian del pueblo, que le engañaron. Esta deuda de reconocimiento pesaba sobre el corazon del rey y de la reina en la prision del Temple; se echaban en cara con frecuencia el haber aceptado tantos sacrificios inútiles, y arrastrar en su catástrofe la fortuna de los amigos de su casa. Algunas veces tambien, y sobre todo en un principio, las princesas tenian, durante aquellos paseos, dulces inteligencias con los de afuera, porque los verdugos no podian interceptar las miradas. Desde los pisos altos de las casas que rodeaban el cercado del Temple, se dirigian muchos ojos sobre aquel jardin, aquellas casas habitadas por familias pobres, no ofrecian á la municipalidad ningun pretexto de sospecha ni de violencia. Aquel pueblo de mercaderes, de obreros y de revendedores no podia ser acusado de complicidad con la tirania, ni de tramas contra la igualdad: y así no se habian atrevido á prohibir el

que se abriesen aquellas ventanas. Tan pronto como se supo en París la hora en que salía el rey á paseo, la curiosidad, la piedad, y la fidelidad las llenaron de numerosos espectadores, cuyas facciones no se podían reconocer á tan larga distancia; pero cuya actitud y gestos manifestaban la tierna curiosidad y la compasión. La familia real dirigía furtivas miradas á sus desconocidos amigos; la reina, por corresponder silenciosamente á los deseos de aquellas visitas, separaba con toda intencion de su rostro el velo, se detenía para hablar con el rey, cuando miraban los mas curiosos, ó dirigía los pasos y los juegos del jóven Delfin, como por casualidad, del lado en que podia ser mejor vista la agraciada figura del niño. Entonces se inclinaban algunas frentes, algunas manos acercándose una á otra, hacian el mudo ademán del aplauso. Algunas flores caian, como por casualidad de los jardincillos, colocados sobre los tejados de los pobres, y algunos escritos en caractéres grandes se desarrollaban en una ó dos bohardillas, donde se leía una palabra tierna, un presagio feliz, una esperanza ó un respeto.

Repetidos gestos, pero mos inteligibles respondian de abajo. Una ó dos veces el rey y las princezas creyeron haber reconocido entre aquellas caras las facciones de amigos adictos, antiguos ministros, señoras de alto rango unidas á la córte, y cuya existencia era incierta para ellos. Esta misteriosa inteligencia, establecida asi entre la cárcel y la parte fiel de la nacion era tan dulce para los cautivos, que les hizo arrostrar para gozar todos los dias de ella la lluvia, el frio, el sol, y los mas intolerables insultos de los artilleros que daban la guardia. El hilo de su existencia proscripta les parecia asi anudarse con el alma de sus antiguos súbditos: creian estar en comunicacion con aquellos corazones, y el aire exterior impregnado de adhesion por ellos les llevaba de fuera al menos aquella piedad que se les negaba dentro. Subian á la plataforma y se asomaban muchas veces á la ventana de la torre:

formaban intimidades á gran distancia, y amistades anónimas; la reina y su hermana se decían una á otra. «Tal casa nos es adicta, tal piso es nuestro, tal cuarto es realista, tal balcon es amigo.»

XIII.

Mas si alguna alegría recibian de afuera, tambien les llegaban la tristeza y el terror con el estruendo del ruido de la ciudad. Habian oido hasta al pie de la torre los aullidos de los asesinos de setiembre, queriendo forzar las consignas, cortar la cabeza de la reina ó al menos tender á sus pies el cuerpo mutilado de la condesa de Lamballe.

El 21 de setiembre á las cuatro de la tarde, habiéndose dormido el rey despues de comer al lado de las princezas, que callaban por no interrumpir su sueño, vino un guardia municipal, llamado Lubin, acompañado de una escolta de gendarmeria á caballo y de una tumultuosa oleada de pueblo, á proclamar al pie de la torre la abolicion del trono y el establecimiento de la república. Las princezas no quisieron despertar al rey y le contaron despues lo que habian oido. «Mi reinado, dijo á la reina con una triste sonrisa, pasó como un sueño; pero no fué un sueño feliz! ¡Dios me le habia impuesto, el pueblo me descarga de él, que sea feliz la Francia y yo no me quejare! Aquella misma noche vino Manuel á visitar los prisioneros, y dijo al rey. ¿Sabeis que los principios democráticos triunfan, que el pueblo ha abolido el trono y adoptado el gobierno republicano? Lo oi decir, replicó el rey con una serena indiferencia, é hice votos porque la república sea favorable al pueblo; yo jamás me coloqué entre su dicha y él.»

El rey llevaba aun su espada, este cetro del noble en

Francia y las insignias de las órdenes de caballería de que era el jefe, se veían todavía sobre su frac. «Sabreis también, continuó Manuel, que la nación ha suprimido estos juguetes; debieran haberos dicho que los quitaseis; habiendo entrado en la clase de los demás ciudadanos debéis ser tratado como ellos; en cuanto á lo demás, pedid á la nación lo que os sea necesario, y os lo concederá.—Gracias, dijo el rey, nada necesito,» y continuó leyendo con tranquilidad.

XIV.

Para evitar toda pena inútil y toda degradación violenta de la dignidad personal del rey, Manuel y los comisarios se retiraron haciendo una seña al ayuda de cámara para que los siguiese. Encargaron á aquel fiel servidor, quitase las insignias de la casaca del rey, cuando le desnudase por la noche, y enviase á la Convención aquellos despojos del trono y blasones de la nobleza; pero el mismo rey dió á Clery la orden de hacerlo; solo se negó á separarse de aquellas insignias, que habia recibido en la cuna con su vida y que le parecía pertenecer más á su persona que al trono. Las hizo encerrar en una caja y las guardó, sea como un recuerdo sea como una esperanza. El fogoso Hebert tan famoso despues con el nombre de Pere Duehesne, miembro entonces de la municipalidad, pidió estar de servicio aquel día para gozar de aquella rara burla de la suerte, y para contemplar en las facciones del rey, el suplicio moral del trono degradado. Hebert escudriñaba con la vista, y con una sonrisa cruel la fisonomía del rey; pero la calma del hombre, que manifestaban las facciones del soberano caído desconcertó la curiosidad de Hebert. El rey no quiso dar á sus enemigos el placer de que sorprendiesen en su rostro

ni una pequeña emoción: aparentó leer tranquilamente la historia de la decadencia del imperio romano, de Montesquieu, mientras se cumplía su propia historia y se leía su catástrofe, atendiendo más á los reveses de otro que á los suyos. El rey fué grande en su indiferencia; la reina sublime en su altivez le pareció más humillante llorar su grandeza que haber caído de ella: la caída de su carácter la hubiera envilecido más que la de su rango; y ninguna debilidad regocijó á los espectadores de aquella ejecución. Habiendo sonado las trompetas en los patios, despues de la instalación de la república, el rey se puso un poco á la ventana como para ver la apariencia del nuevo gobierno: la multitud lo vió y las imprecaciones, las sarcasmos, las injurias, resonaron como último adios á la monarquía del seno de aquel gentío. Los gendarmes agitando sus sables y dando los gritos de viva la república, hicieron al rey la seña imperiosa de que se retirase. Luis XVI cerró la ventana. Así se separaron el pueblo y el rey despues de tantos siglos de monarquía.

XV.

Habia señalado la Convención la cantidad de quinientos mil francos para los gastos relativos al establecimiento y á la manutención de la familia real en su prisión. La municipalidad por medio de comisiones sucesivas, habia empleado la mayor parte de este subsidio alimenticio en construcciones de seguridad y en estrechar más la cautividad. Lo que debia servir para consolar la existencia de los prisioneros, sirvió para agravar sus hierros y para pago de sus carceleros. El rey no tenia á su disposición ninguna suma para vestir á la reina, á su hermana y á sus hijos, para recompensar los servicios que tenia que pedir fuera, ó para proporcionar á su

familia en los muebles y en las ocupaciones de la cárcel, aquellos alivios que la fortuna privada de los detenidos, deja penetrar hasta en los calabozos de los criminales. Habiendo salido inopinadamente de las Tullerías, sin mas vestidos que los que tenían puestos en la mañana del 10 de agosto: saqueados sus guarda-ropas, sus trages y sus gavetas, llevados desde allí al Temple, sin mas ropa blanca que la que habia enviado al Picadero la embajadora de Inglaterra, y la que algunos de sus servidores habian prestado á la familia real: los prisioneros á la entrada de un riguroso invierno presentaban la apariencia de una verdadera desnudez. La reina y madama Isabel, pasaban los dias como pobres obreras recosiendo las camisas del rey y de los hijos, y remendando sus vestidos de verano.

En el momento en que los negociadores prusianos habian exigido de Dumouriez, para difrazar su retirada, una relacion secreta sobre lo que pasaba en el Temple y de los respetuosos consuelos propios para disimular la prision á los ojos de la Europa, Manuel y Petion, á instancias de Westermann, fueron al Temple y cumplieron con sus miramientos las órdenes de Dumouriez. Ni uno ni otro de estos dos magistrados superiores del ayuntamiento tenian la vergonzosa necesidad de venganza y de crueldad que los municipales, contra el que habia sido su rey. La elevacion de las ideas da dignidad á los resentimientos y decencia al odio. Petion y Manuel, hombres de ideas republicanas, veian en Luis XVI un principio que debia proseribirse; pero un hombre á quien debia perdonarse; en la reina, en las princesas y el en delfin, mugeres y niños, víctimas de una vicisitud de las cosas humanas, que el pueblo debia compadecer y sostener mas bien que pulverizar en su caída. Tuvieron una conversacion secreta con el rey, en la que al propio tiempo que confesaban ser republicanos, no negaban ni su interés por sus desgracias, ni la esperanza de ver sus dias

preservados una vez que se apaciguasen los temores públicos despues de la victoria y de la paz. Luis XVI, y hasta la reina, recordando el terror de setiembre; pareciendo comprender que su vida estaba mas en manos del pueblo que en las del ejército de los reyes coaligados; unieron sus votos á los de los republicanos humanos y moderados para que se efectuase pronto la evacuacion del territorio. El rey pidió que Petion hiciese darle algun dinero para sus necesidades personales y las de su familia y Petion le envió cien lises (nueve mil seiscientos reales), limosna del republicano, al soberano sumido en la indigencia. Se formó una lista de todos los objetos necesarios á la familia real, tanto de ropa blanca, como de muebles, vestidos, leña, alimentos, libros, etc. y todo fué enviado con abundancia por cuenta de la municipalidad y por medio de sus comisionados, no con proporcion á las necesidades de una familia, sino á la generosidad de la nacion y á los respetos debidos á la grandeza caída. La república ejerció con lujo en este momento su ostracismo.

XVI.

Mas como Petion y Manuel solo eran los magistrados oficiales de la municipalidad, dulcificaban sus órdenes al ejecutarlas, pero no las inspiraban, y el espíritu de represalias, de venganza y de sospecha y de baja persecucion de los demagogos legos, prevalecia en las comisiones. Todos los dias venian nuevos delatores á popularizarse en el consejo del ayuntamiento con denuncias contra los prisioneros del Temple. El consejo general escogia los comisarios delegados por él para vigilar á Luis XVI entre los mas prevenidos y los mas encarnizados. Los hombres que tenian alguna generosidad renunciaban

aquellas odiosas funciones, que debian por consiguiente recaer en corazones abyectos y en manos implacables. Aquellos carceleros se escedian unos á otros en las medidas de rigor y de vejamen, necesarias segun ellos, para evitar la evasion de los cautivos y sus correspondencias con el estrangero. A pesar de que con frecuencia estas medidas repugnaban al buen sentido y á la humanidad del consejo general, ninguno se atrevia á contrariarlas de miedo de que se le acusase de unidad ó de complicidad con los realistas y lo que individualmente repugnaba á cada uno, era votado por todos. Cuando el terror está suspendido sobre una época, no pesa menos sobre el cuerpo que le inspira que sobre la nacion que le sufre.

La administracion y régimen interiores del Temple, se veian por lo tanto entregados á un corto número de hombres, la hez del consejo de la municipalidad, casi todos artesanos sin educacion, sin magnanimidad y sin pudor, gozando con orgullo de la arbitrariedad que la fortuna les daba sobre un rey caido mas abajo que ellos, y creyendo haber salvado la patria cada vez que le arrancaban una lágrima.

XVII.

Hacia fines de setiembre, en el momento en que el rey iba á salir del cuarto de la reina despues de cenar, para subir al suyo, entraron con aparato en la torre seis oficiales municipales: leyeron al rey un decreto del ayuntamiento que mandaba trasladarle á la gran torre y separarle completamente del resto de su familia. La reina, madama Isabel, la princesa real y el jóven delfin, estrechando al rey en sus brazos y cubriendo sus manos de besos y de lágrimas, trataron en vano de conmovér á

los municipales, y de obtener aquel último consuelo de los infortunados, el de sufrir juntos. Los municipales Simon y hasta Rocher, aunque enternecidos, no se atrevieron a modificar la inflexibilidad de la orden. Se registraron los muebles con la mas esquisita inquisicion, las camas y los vestidos de los prisioneros; se les quitaron todos los medios de poder tener correspondencia con los de afuera, papel, tinteros, plumas y lápices, haciendo cesar las lecciones que el principe real principiaba á recibir de sus padres, y condenando al heredero de un trono á la ignorancia del arte de escribir, de la que se avergüenzan los últimos hijos del pueblo.

Luego que arrancaron al rey de los brazos y en medio de los gritos de su familia, fué conducido á la habitacion, apenas concluida, que se le habia destinado en la torre principal, donde aun trabajaban los obreros. Una cama y una silla en medio de la cal, de los escombros, de las tablas y de ladrillos componian todo el ajuar. El rey se acostó completamente vestido, y pasó las horas contando los pasos de las centinelas que se relevaban á su puerta, y en enjugar las primeras lágrimas que la prision habia arrancado á su firmeza. Clery, su ayuda de cámara pasó la noche sobre una silla en el hueco de una ventana, aguardando con impaciencia que amaneciese para saber si le permitirian ir á prestar á las princesas los servicios, á que estaban acostumbradas: él era quien peinaba al delfin y arreglaba los largos cabellos de la reina y de madama Isabel, despues de su cautiverio.

Pidió permiso para ir á prestar este servicio, y el comisario de la municipalidad, Veron, le respondió brutalemente. «Ya no tendreis mas comunicacion con las prisioneras, ni vuestro amo debe volver á ver á sus hijos.»

Habiendo dirigido el rey algunas sentidas observaciones á los comisarios sobre una barbarie que ultrajaba la naturaleza, que heria cinco corazones por castigar uno solo, y que daba á seres vivos el tormento de una sepa-

racion mas cruel que la muerte, los comisarios no se dignaron responderle, le volvieron la espalda, como hombres que no oian y á quienes incomodan las súplicas.

XVIII.

Un pedazo de pan que no bastaba para el alimento de dos personas, y una botella de agua en la que habían echado el jugo de un limon, fué todo el desayuno que llevaron al rey aquel día; el príncipe se adelantó hácia su criado, partió el pan y le dió la mitad. «Se olvidaron que todavía somos dos, le dijo el rey; pero yo no lo olvidó; tomad esto, yo tengo bastante con lo restante.» Clery lo rehusaba; pero el rey insistió, y el criado tomó al fin la mitad del pan de su amo; las lágrimas regaban los pedazos que llevaba á la boca; el rey le vió llorar y no pudo menos de hacer otro tanto. Asi comieron, llorando y mirándose, sin decirse nada, el pan de las lágrimas y de la igualdad.

Suplicó de nuevo el rey á un municipal le diese noticias de su muger y de sus hijos, y le proporcionase algunos libros para aliviar el cansancio de espíritu causado por su aislamiento. Luis XVI indicó algunos volúmenes de historia y de filosofía religiosa; este municipal, mas humano que los otros, consultó á sus colegas y los ganó para poder cumplir aquella comision cerca de la reina. Esta princesa habia pasado la noche lamentándose en su cuarto, entre los brazos de su cuñada y de su hija: la palidez de sus labios, las marcas de las lágrimas que habían corrido por sus mejillas, su espesa cabellera donde se veian venas blancas de cabellos muertos, como despojos de su juventud, la inmovilidad de sus ojos secos, la obstinacion con que se habia negado á tocar los alimentos de su desayuno, jurando que se iba á dejar

morir de hambre si insistian en tenerla separada del rey, conmovieron é intimidaron á los municipales, porque pesaba sobre ellos la responsabilidad de la vida de los prisioneros. La misma municipalidad les pediría cuenta de una victima arrebatada por una muerte voluntaria al juicio y al cadalso del pueblo. La naturaleza hablaba tambien en su corazon, ese lenguaje de las lágrimas que se hace obedecer de los mas endurecidos. Las princesas, de rodillas delante de aquellos hombres, suplicaban se les permitiese estar reunidas con el rey, al menos algunos momentos del día y á las horas de comer. Los ademanes, los gritos del alma, las lágrimas que caian de sus ojos sobre el pavimento prestaban su omnipotencia á aquellas súplicas: «Pues bien, que coman juntos hoy, dijo un oficial municipal, y para mañana el ayuntamiento decidirá.» Al oír estas palabras, los gritos de dolor de las princesas y de los niños se cambiaron en voces de alegría y en bendiciones. La reina, que tenia á los niños en brazos, los hizo ponerse de rodillas, y se puso ella tambien, para dar gracias al cielo. Los municipales se miraron unos á otros con los ojos húmedos, y el mismo Simon dijo enjugándose los suyos: «Creo que estos diablos de mugeres serian capaces de hacerme llorar.» Despues volviéndose hácia la reina, y como avergonzado de su debilidad, la dijo: «No llorábais asi cuando el 10 de agosto haciais asesinar al pueblo.— ¡Ah! respondió la reina, el pueblo está bien equivocado acerca de nuestros sentimientos.»

Aquellos hombres gozaron un momento del espectáculo de su clemencia. Los prisioneros volvieron á verse á la hora de comer, y conocieron mas que nunca lo necesarios que la desgracia los hacia unos á otros.